

## ¿Podrán ser lucrativas las corridas en la Plaza México?

(Primera parte)

**M**uchos aficionados nos cuestionamos sobre el origen de la difícil situación financiera por la que atraviesa la empresa que actualmente regentea el coso de Insurgentes. Como todos sabemos, a la mayoría de las corridas celebradas en la temporada 2000-2001 no asistió el público, porque no se le ofrecían garantías de que se lidiaran VERDADEROS TOROS y además, hubo una deplorable confección de los carteles.

Por lo anterior, resulta natural el que los aficionados razonemos sobre la manera de cómo resolver el problema, buscando en el pasado la explicación del fracaso que sufrimos y, sobre todo, de las

posibilidades futuras. Hace unos días, *Televisión Azteca* llevó a cabo una encuesta con el objeto de averiguar si Rafael Herrarías, como empresario, podría mejorar la fiesta taurina en esta capital. La respuesta no se hizo esperar y 58.45% contestaron que empeoraría, 21.83% consideraron que se mantendría igual y sólo 19.71% de los aficionados pensaron que se corregiría.

Quisiera, por lo tanto, en una serie de cuatro artículos, revisar a los diferentes empresarios taurinos que ha habido en México y sobre todo la forma como desarrollaron su función contratando ganado, toreros y presentando carteles atractivos para que el público sostuviera la fiesta.

El primero que merece el nombre de empresario fue el comerciante español Francisco Murias, quien con un capital regular, después de asistir a corridas en la Península Ibérica, quiso imponerlas en México,

adquiriendo alquilada la Plaza Colón, en 1887. Contrató a Luis Mazzantini, pagándole 175 mil pesetas, o sea, 78 mil pesos de entonces, que estaban a la par del dólar, por actuar en diez corridas. En realidad no era tanto el dinero invertido, puesto que el torero vasco tendría que devengar el sueldo de sus alternantes de segunda categoría y traía la mejor cuadrilla de España.

Durante el verano, Murias hizo el viaje a ese país comprando cuatro corridas excelentes, que provenían de Vicente Martínez, Manuel Aleas, Benjumea y el Conde de la Patilla, las cuales darían realce a los festejos, combinándose con las mejores dehesas nacionales.

A pesar del alto costo de la inversión, los precios que se cobraron por las localidades eran apenas de 8 pesos, y en la Plaza Colón, situada a espaldas del Paseo de la Reforma, sólo cabían 10 mil espectadores. La temporada resultó un éxito

económico y artístico, a pesar de que se trataba de una aventura desconocida. Un año después Francisco Murias trajo a Fernando Gómez *El Gallo*, padre de la dinastía, quien aunque de categoría inferior a Mazzantini alcanzó grandes triunfos.

El empresario cumplió poco después 60 años, retirándose de la fiesta taurina después de haber obtenido ganancias. Más adelante fue el ex banderillero Ramón López, que había venido a México con Mazzantini, quien se convirtió en el principal protagonista en la organización de las corridas. Para ello aprovechó el que un grupo de capitalistas construyera la antigua Plaza México, situada en Alvaro Obregón, y trajo para inaugurarla a Antonio Fuentes, que era el primer torero de España.

La temporada 1899-1900 resultó extraordinaria, con éxitos continuos. Fuentes cobraba 100 mil pesos por

actuación, incluyendo en esa cantidad los emolumentos de su cuadrilla, formada por tres banderilleros y dos picadores. Los gastos de su viaje, así como el alojamiento en magnífico hotel corrieron a cargo de la empresa. Su alternante, el sevillano Enrique Vargas *Minuto*, traía contrato similar, aunque sólo se le pagaban 6 mil pesos por corrida.

Los desembolsos anteriores pudieron servir de pretexto para vender a un precio más elevado las localidades; pero no fue así porque los empresarios López y *Cuatro dedos* tuvieron muy en cuenta el carácter popular de la fiesta, limitando sus utilidades, y solamente aseguraron las entradas de las cinco primeras corridas vendiendo un abono, por lo que una barrera de sombra costaba 13 pesos de aquellos entonces por corrida.

Ramón López fue un empresario ejemplar, puesto que introdujo el toreo a la usanza española en México y

organizó temporadas inolvidables con la mejor de España durante siete años, trayendo a Fuentes, Reverte, *Machaquito*, *Bombita*, Montes, Rafael *El Gallo*, etc. En ocasiones, hasta dilapidaba el dinero ofreciendo carteles, que por su costo justificaban un aumento, como el que montó a fines de 1904 y que incluía a Mazzantini, Fuentes, *Lagartijillo* y *Parrao*, con ocho torazos de Veragua. Al contrario de Herrerías, que nos cobró 15% extra por la reciente corrida del aniversario, Ramón López mantuvo el mismo valor del boletaje porque deseaba imponer el toreo español en México.

Desafortunadamente, a raíz de la muerte de Antonio Montes, el 7 de enero de 1907, y su fracaso en la temporada 1908-1909, Ramón López liquidó la empresa, muriendo arruinado en 1922.

(Continuará)